

NAVES ALAS ESTRE- LLAS

FRITZ
LEIBER

GALAXIA
Ciencia Ficción

INENSOS MUNDOS
COMIENZAN A SER DOMINADOS

Con NAVES A LAS ESTRELLAS presentamos otro autor nuevo en nuestra serie de ciencia y fantasía que sin duda merecerá el beneplácito de los habituales lectores de esta novelística.

Introducción: Dos lunas perdidas

Algo —o nada, más bien— había puesto en alboroto a los científicos de la Tierra. Porque de repente resultó que no había absolutamente nada donde debiera haber habido muy ciertamente algo.

Phobos y Deimos, las dos lunas de Marte, habían desaparecido.

Y eso era solamente el comienzo de la cosa. Antes de mucho, otras de las lunas del sistema solar había desaparecido... la gente de la Tierra iba quedando fuera del alcance de la vista, se estaba hundiendo en el suelo... y los telépatas de la Tierra seguían teniendo extraños sueños, llenos de presagios...

«El día del doctor Kometevsky» es sólo uno de los excitantes relatos imaginarios de esta gran colección de historias del maestro de la ciencia ficción, Fritz Leiber. Usted conocerá también a Elven, el último de los Salvajes, que llevaba a toda su raza dentro de un broche; a los variados y extraños seres vivientes procedentes de todas las estrellas del universo, que atravesaban silenciosamente un extraño desierto; a Helen, la muchacha que era demasiado bella y afectuosa para ser humana, y no era tal; y a muchos más, todos fascinantes, maravillosa y espantosamente reales...

EL DÍA DEL DOCTOR KOMETEVSKY

—Pero ¡todo está profetizado ahí! Hasta se señala este siglo para la próxima nueva huida de los planetas.

Celeste Wolver levantó de mala gana la vista hacia el libro que su amiga Madge Carnap mantenía en alto como una antorcha. Descifró el mal impreso título: La danza de los planetas. No cabía equivocarse tocante a la época de su origen; simplemente era un ensayo literario del siglo veinte que el tiempo había descolorido hasta darle ese particularmente desagradable matiz pardo. A la verdad, el libro le parecía a Celeste algo así como una oscura y vieja bruja resucitada de la Postrera Era de Locura para turbar a un mundo que se estaba volviendo cuerdo, y no pudo menos de retroceder una pizca hacia su marido Theodor.

—Sólo profetizado de un modo muy vago —dijo Theodor, acudiendo en su auxilio—. Según entiendo, Kometevsky afirmaba, sobre la base de muchos indicios sacados de las leyendas y tradiciones populares, que los planetas y sus lunas trocan sus posiciones con esa regular frecuencia.

—Como si estuvieran ejecutando «Yendo a Jerusalén», o coros musicales —interpuso alegremente Celeste, pero no pudo conseguir que la observación sonara de una manera graciosa.

—Se supone que Júpiter se habría adelantado como el planeta extremo, y haya de terminar dentro de la órbita de Mercurio —continuó Theodor—. Bien, nada en absoluto parecido a eso ha ocurrido.

—Mas ha comenzado —dijo Madge con convencimiento—. Phobos y Deimos han desaparecido. No se puede eliminar ese innegable pequeño hecho.

Esa era la dificultad; no se podía hacer. Las dos menudas lunas de Marte habían sencillamente desaparecido durante un período en que, como era generalmente el caso, la atención de la astronomía no estaba sobre ellas. Sólo que un centenar y pico de millas cúbicas de roca —las más simples pizcas volantes cósmicas— se habían llevado consigo la seguridad de todo un mundo.

Mirando al bello paisaje de huerta alrededor de ella. Celeste Wolver percibió que en un momento las fértiles colinas empezarían a agitarse como olas, las agradablemente errantes sendas se enroscarían como culebras y se hundirían en el verde mar, los esparcidos rascacielos se disolverían en las brumosas nubes que perforaban.

«La gente debió haber sentido algo parecido a esto», pensó, «cuando Aristarco, en primer lugar, insinuó y Copérnico les explicó que la sólida Tierra debajo de sus pies estaba atravesando vertiginosamente el espacio. Sólo que es peor para nosotros, porque ellos no podían ver que algo se hubiera alterado. Nosotros podemos».

—Una necesita alguna cosa a que adherirse —oyó decir a Madge—. El doctor Kometevsky era la única persona que tuvo una insinuación de que algo semejante a esto pudiera ocurrir. Nunca fui partidaria de Kometevsky, sin embargo. Ni siquiera había oído hablar del hombre.

Lo dijo casi en un tono de disculpa. En verdad, parada allí con su aire tan sincero y ansioso, Madge parecía ser todo menos una fanática, lo cual empeoraba mucho más las cosas.

—Por supuesto, hay varias explicaciones alternativas más convincentes... —empezó indecisamente Theodor, sabiendo muy bien que no las había. Si Phobos y Deimos se habían desmoronado de repente, seguramente la Base de Marte habría advertido algo. Por supuesto, había la Hipóte-

sis del Espacio Desordenado, aun cuando fuera poco más que la accidental expresión de un eminente físico machacada por un ávido periodista. Y en todo caso, ¿qué sensación de seguridad le quedaba a uno si reconocía que las lunas y los planetas podían estallar, o penetrar en ocultas cavidades del espacio? Por tanto, terminó emitiendo un diferente concepto—: Además, si Phobos y Deimos sencillamente se precipitaron a alguna parte, sin duda habrían sido captados ya por el telescopio o el radar.

—¿Dos globos de roca de sólo unas millas de diámetro? —preguntó Madge—. ¿No son más pequeños que muchos de los asteroides? No soy una astrónoma, pero creo que tengo razón.

Y sin duda la tenía.

—Oh, es pesado —observó, balanceando el libro bajo el brazo. Y añadió, en tono ligeramente escandalizado—: Nunca ha sido puesto en microfilm —sonrió nerviosamente y miró a los otros de arriba abajo—: ¿Van a una tertulia? —preguntó.

La capa escarlata de Theodor y la falda verde y chaqueta plateada de Celeste justificaban la pregunta, pero ellos movieron la cabeza.

—No es más que la normalmente llamativa vestidura de la familia —dijo Celeste, al mismo tiempo que Theodor lo explicaba.

—Ocurre que estamos ligados al trabajo relacionado con esa desaparición. Los Wolver prácticamente componemos una subcomisión de la Junta para el Descubrimiento de Nuevos Electos. Y puesto que una gran cantidad de vanado material capta nuestra atención, vamos a ver si alguna parte de él tiene correlación con esta triza de juego de manos astronómico.

—Le proporciona a uno algo que hacer, de cualquier modo —asintió Madge—. Bien, debo irme. El templo budista nos ha prestado el local para una reunión —y les diri-

gió una angustiada sonrisa—. Nos veremos cuando la Tierra salte.

—Vamos, querida —Theodor dijo a Celeste—. Llegaremos tarde.

Pero Celeste no quería ir demasiado de prisa.

—Sabes, Teddy —dijo penosamente—, todo esto me recuerda esos antiguos mitos donde demasiada buena suerte es una segura señal de próximo desastre. Fue cabalmente demasiada dicha que se malograra el III Mundo de nuestros bisabuelos y se consiguiese poner en marcha el Gobierno Mundial un millar de años antes del tiempo calculado. Una dicha como esa no podía durar, evidentemente. Quizás hemos ido demasiado aprisa con muchas cosas, como los vuelos espaciales y los perforadores de gran alcance y... —titubeó un poquito— los matrimonios complejos. Soy una mujer. Necesito una protección completa. ¿Dónde he de encontrarla?

—En mí —dijo prontamente Theodor.

—¿En ti? —objetó Celeste, andando despacio—. Pero no eres más que una tercera parte de mi marido. Tal vez debiera buscarla en Edmund o Ivan.

—¿Estás enojada conmigo por algo?

—Por supuesto que no. Pero una mujer necesita su fuente de protección íntegra. En una crisis como esta, es inquietante tenerla dividida.

—Bien, somos una entera y, creo, indivisible familia —le dijo afectuosamente Theodor—. No estarás sugiriendo que por nuestros pecados de poligamia vamos a ser castigados con una catástrofe cósmica, ¿verdad? Fuego del cielo y todo eso.

—No seas necio. Sólo quería ofrecerte un cuadro de mi percepción —Celeste sonrió—. Creo que ninguno de nosotros se dio cuenta de cuánto hemos llegado a confiar en la idea de una inmutable ley científica. Le quila a una todo apoyo de un golpe.

—Tanto mayor motivo para coordinar lo que está ocurriendo tan pronto como sea posible —dijo enfáticamente Theodor—. Sabes, es fantásticamente extraño, pero creo que la experiencia de muchas personas dotadas de percepción extrasensoria quizá pueda darnos un indicio. Durante los últimos tres o cuatro días ha habido una notable semejanza en los sueños de personas con percepción extrasensoria por todo el planeta. Voy a presentar la prueba en la reunión.

—Así, ¿es por eso que Rosalind trae a la hija de Frieda? —preguntó Celeste, levantando la vista hacia Theodor.

—Dotty es tu hija, también, y de Rosalind —le recordó Theodor.

—No, sólo de Frieda —dijo amargamente Celeste—. Por supuesto tú quizá seas el padre. Un tercio de una probabilidad.

Theodor la miró de una manera penetrante, pero no hizo comentarios.

—De cualquier modo, Dotty estará allí —dijo—. Probablemente durmiendo ya. Todas las personas con percepción extrasensorias de repente parecieron necesitar más reposo.

Mientras hablaban, se había estado poniendo más oscuro, aun cuando la luminiscencia de la senda le impedía ser molesta. Y ahora la continua línea de nubes partía hacia el Este, mostrando un planeta único, rojo, en la parte inferior del horizonte.

—¿Sabías —dijo repentinamente Theodor—, que en *Los Viajes de Gulliver Swift* predijo que telescopios superiores mostrarían que Marte tenía dos lunas? Calculó las dimensiones, las distancias y los períodos muy exactamente, además. Una de las pocas coincidencias realmente asombrosas de la realidad y la literatura.

—Cesa de contar cosas extrañas —dijo vivamente Celeste. Pero luego prosiguió—. Esos nombres de Phobos y Deimos... son griegos, ¿verdad? ¿Qué significan?

Theodor dio un paso en falso.

—Miedo y terror —dijo a regañadientes—. Mas no vayas a tomar eso por un presagio. La mayor parte de los nombres mitológicos de antiguos dioses principales y secundarios habían sido tomados —los cuerpos del sistema solar son llamados de ese modo, por supuesto— y éstos eran casi todo lo que había disponible.

Ello era cierto, pero no le confortaba mucho.

* * *

«Soy dios, Dotty estaba diciéndose en sueños, y quiero estar sola y pensar. A mí y a mis dioses amigos nos gusta mantener algunos de nuestros pensamientos secretos, pero los otros dioses nos lo han prohibido».

Una leve sonrisa revoloteaba por los labios de la durmiente niña, y la mujer de doradas calzas atacadas y chaqueta adornada con lentejuelas de oro se inclinó hacia adelante contemplativamente. Con su dignidad y sencillez y erguido donaire, era más bien como una mujer de circo que estuviera cuidando a su hija enferma antes de salir para el trabajo del trapecio.

«Yo y mis dioses amigos salimos en nuestras grandes y rápidas lanchas de plata, Dotty seguía imaginando en sueños. Los otros dioses están coléricos y asustados. Se espantan de los pensamientos que tengamos en secreto. Nos siguen para darnos caza. Ellos son muchos más que nosotros».

Mientras Celeste y Theodor entraban en la sala de la junta, Rosalind Wolver —un brillo de platino sobre un fondo oscuro— entró por la puerta de enfrente y la cerró suavemente tras ella, Frieda, una mujer rubia vestida de azul, se levantó de la mesa redonda.

Celeste se desvió con aparente indiferencia mientras Theodor besaba a sus dos otras esposas. A Celeste le com-

plació observar que Edmund parecía estar inquieto también. El hombre, que llevaba un ajustado traje negro, su figura no realzada excepto por dos flechas rojas en el cuello, causó la impresión a Celeste de que encarnaba muy propiamente la seria y funesta índole del momento.

Edmund sacó dos carteras del bolsillo de su chaleco y las echó sobre la mesa junto a uno de los proyectores de microfilms.

—Sugiero que empecemos sin esperar a Ivan —dijo.

—Hace diez minutos que ha telefoneado desde el Departamento Espacial para decir que salía inmediatamente —observó Frieda, con expresión ansiosa—. Y eso es apenas un paseo de dos minutos.

Rosalind al instante se adelantó hacia la puerta exterior.

—Yo me detendré —explicó—. Oh, Frieda, he colocado el micrófono, de modo que lo oirán si Dotty grita.

—Muy bien, pues —dijo Edmund levantando las manos; dio unos pasos, encendió la luz del cuadro del proyector y fijó la vista afuera pensativamente.

Theodor y Frieda sacaron sus carteras, prepararon los proyectores, y silenciosamente empezaron a examinar su material.

Celeste manipuló la televisión y cogió una emisión de noticias. Pero encontró que su vista no quería absorber los cuadros de imagen impresa que se sucedían con mucha rapidez, por lo cual, unos momentos después, se encogió de hombros impacientemente y cerró, cogiendo un canal de audición de noticias de actualidad.

«Las dos naves impulsadas por cohetes, enviadas desde la Base de Marte para explorar las posiciones orbitales de Phobos y Deimos, es decir, el volumen de espacio que estarían ocupando si sus posiciones hubieran permanecido normales, informan encontrar masas de polvo y mayores despojos. Las dos masas de fino desecho se están moviendo dentro de las mismas órbitas y a las mismas velocidades de las dos desaparecidas lunas, y ocupan aproximadamen-

te los mismos volúmenes de espacio, aun cuando la masa de material es apenas un centésimo de la de las lunas. Los físicos no han hecho declaraciones en cuanto a si esto constituye una confirmación de la Hipótesis de Disgregación.

»Sin embargo, nos complace mucho esta noticia. Hay una marcada disminución de la tensión. El descubrimiento de los despojos —sólido y tangible material— parece sacar todo el asunto de la sobrenatural miasma en la cual algunos de nosotros hemos sido inducidos a lanzarlo. Ha sido encontrado un centésimo de las lunas.

»¡El resto lo será también!».

Edmund se había vuelto de espaldas a la ventana. Frieda y Theodor habían apagado los proyectores.

«Mientras tanto, los habitantes de la Tierra emprenden sus quehaceres con un mínimo de agitación, haciendo frente con considerable calma a la singular amenaza para la estructura de su sistema solar. Muchos, por supuesto, están congregados en las iglesias y templos humanistas. Los seguidores de Kometevsky han organizado procesiones de helicópteros en Washington, Pekín, Pretoria, y Christiana, exigiendo que se tomen inmediatas disposiciones porque —y cito sus mismas palabras— *la Tierra está marchando por el espacio a saltos*. También han retado formalmente a todos los astrónomos a presentar otra explicación que la contenida en ese extraño libro tan recientemente sacado del olvido: *La danza de los planetas*».

Eso casi concluye la historia por ahora. No hay nuevos informes de la Astronomía de Radar Interplanetaria, o de las otras naves impulsadas por cohetes que exploran el extenso volumen de Marte. Tampoco han sido emitidas declaraciones por los diversos grupos que están ocupados en el problema dentro de la Astrofísica, la Ecología Cósmica, la Comisión para el Descubrimiento de Nuevos Efectos, etc. Mientras tanto, sin embargo, podemos recibir ánimo de las

palabras de un poema escrito aún antes que el libro del doctor Kometevsky:

*Esta Tierra no es el lugar firme
En donde edificar los que vivimos en tierra;
De piélago a piélago ella varía la marcha,
Y al mismo tiempo que avanza decae.
Debajo de los pies siento
Su terso volumen levantarse y bajarse alternativamente;
Con terciopelada sumersión y suave ascenso
Ella se balancea y se afianza a la quilla
Como una valerosa, valerosa nave*

Mientras la voz de la televisión recitaba el poema, volviéndose más dulce a medida que la emoción la embargaba, Celeste miró alrededor de ella, a los otros. Frieda, con su toque de femenina debilidad mostrándose más que nunca a través de su práctica compostura. Theodor inclinándose hacia adelante con la capa escarlata echada atrás, mostrando la semisonrisa con la cual parecía hacer frente hasta a lo desconocido. El serio Edmund vestido de negro, disimulando una honda inseguridad con una fuerte apariencia de entereza.

En resumen, su familia. Celeste conocía todos sus caprichos y lados flacos. Sin embargo, ahora le parecían estar a un millón de millas de distancia, como figuras vistas por el inverso extremo de un telescopio.

¿Eran realmente una familia? ¿Activas fuentes de fortaleza y seguridad mutuas el uno para con el otro? ¿O habían simplemente estado fingiendo ser una familia, experimentando con sus ideas de matrimonio complejo como un puñado de necios adolescentes? ¿Como mariposas aprovechándose del buen tiempo para juntarse en una fascinadora y artificiosa danza, hasta que la violentada Naturaleza resolviera destruirlas?

Mientras el poema estaba acabando, Celeste vio que la puerta se abría y Rosalind entraba por ella despacio. El semblante de la dorada mujer estaba tan pálido como las sendas que ella había estado hollando.

En ese mismo momento la voz de la televisión se avivó con conmoción.

«¡Noticias! El Observatorio Lunar Número Uno informa que, aun cuando Júpiter está casi a punto de pasar detrás del Sol, se ha obtenido una excelente fotografía de la corona del planeta. Examinada y reexaminada, sólo admite una interpretación, la cual el Observatorio Lunar Numero uno se siente legalmente obligado a hacer pública. ¡Las catorce lunas de Júpiter ya no son visibles!».

El coro de observaciones con que los Wolver, de otro modo, habrían recibido esto, fue reprimido por una cosa: el hecho de que Rosalind pareció no oírlo. Sea lo que fuere lo que tenía en el pensamiento le impidió penetrar hasta esa increíble declaración.

Rosalind se dirigió temblorosamente hacia la mesa y soltó una cartera, un extremo de la cual estaba tiznado de barro.

—Ivan salió del Departamento Espacial hace veinte minutos —dijo sin mirar a los otros—; pues ha dicho que venía aquí inmediatamente. A mi regreso he escudriñado la senda. En medio del camino he encontrado esto casi enterrado en el barro. He tenido que tirar de él para sacarlo, parecía como si hubiera estado pegado al suelo con cemento. ¿Percibís cómo la tierra parece estar metida en el cuero, como si el objeto hubiera yacido durante años en la hoya?

Ya los otros estaban manoseando la pequeña cartera de microfilms que habían visto tantas veces en las competentes manos de Ivan. Lo que Rosalind decía era cierto. Al tocarla, se recibía la impresión de ser una cosa arenosa y malsana. Además, era extraordinariamente pesada.

—Y ved lo que está escrito sobre ella —añadió Rosalind.

La volvieron. Garabateadas con lápiz blanco en letras grandes, apresuradas y frenéticas, había dos palabras: «¡Descendemos aprisa!».

Los otros dioses, imaginaba Dotty en su sueño, están escudriñando todo el universo para encontrarnos. Los hemos esquivado muchas veces, pero ahora nuestros ardid es casi agotados. No hay puertas de salida del universo y nuestras lanchas son luminosas boyas de plata para los buscadores. Por tanto hemos resuelto desfigurarlas del único modo que puede hacerse. Es nuestra última oportunidad.

Edmund dio un golpe en la mesa para atraer la atención de la familia.

—Yo diría que hemos hecho lo que podemos, por el momento, para encontrar a Ivan. Hemos efectuado una completa búsqueda local. Está en curso una más extensa, la cual no podemos dirigir personalmente. Se ha dado aviso a todas las agencias útiles y están siendo radiadas las descripciones físicas para la identificación. Sugiero que continuemos con el asunto de la tarde, el cual puede muy bien estar relacionado con la desaparición de Ivan.

Uno tras uno los otros asintieron y ocuparon sus sitios en la mesa redonda. Celeste hizo un gran esfuerzo para librarse de la sensación de calidad ilusoria que la había embargado y concentró la atención en los microfilms.

—Yo me haré cargo de los apuntes de Ivan —oyó decir a Edmund—. Son mayormente acerca de los perforadores.

—¿A qué distancia han llegado con eso? —preguntó ociosamente Frieda—. ¿Veinticinco millas?

—Cerca de treinta, creo —respondió Edmund—, y todavía están descendiendo.

A esas últimas palabras todos levantaron la vista con presteza. Luego sus miradas se dirigieron hacia la cartera de Ivan.

«Nuestro ardid ha salido bien, fantaseaba Dotty. Los otros dioses han pasado por nuestro escondite una docena

de veces sin apercibirse de él. Escudriñan repetidas veces el universo para encontrarnos, pero en vano. Finalmente juzgan que hemos hallado una puerta de salida del universo. Sin embargo, nos temen tanto más. Nos consideran como demonios que algún día volveremos a pasar por esa puerta para destruirlos. Por lo cual atisban en todas partes. Nosotros estamos quietamente sonriendo dentro de las desfiguradas lanchas, pero apenas osando movernos o meditar, por temor de que los más débiles ecos de nuestras acciones les den una pista. Cientos de millones de años pasan. Nos parecen no más que horas de un sueño producido por narcóticos, dentro de una cárcel».

—Necesitamos una pausa.

—Lo hemos efectuado todo —convino penosamente Frieda.

—Excelente idea —dijo vivamente Edmund—. Creo que hemos dado con varios puntos decisivos a lo largo del camino y los hemos medio desligado de la gran masa de material inconexo. Terminaré esa parte de la tarea ahora mismo y daré a conocer mi hipótesis cuando todos estemos un poquito más frescos. Digamos media hora, ¿eh?

Theodor inclinó la cabeza lentamente para asentir; y se levantó de su asiento, sujetando la capa sobre un hombro.

—Salgo a echar un trago —les informó.

Después de unos momentos de vacilación, Rosalind lo siguió calladamente. Frieda se extendió sobre un canapé y cerró los ojos. Edmund examinaba los microfilms incansablemente, de cuando en cuando poniendo uno aparte.

Celeste le observó por un momento, luego se levantó de un salto y se dirigió hacia el cuarto donde Dotty estaba durmiendo. Pero a medio camino se paró.

«No es mi hija, pensó amargamente. Frieda es su madre, Rosalind su nodriza. Yo no soy nada en absoluto. Sólo una de las amigas del marido. Una dama de cohibida virtud en un mundo que se aniquila».

Pero luego enderezó los hombros y continuó.